

Dios, y tiene su autonomía; ese niño tal vez está destinado á ser un Espinosa; ¿con qué derecho queréis hacer de él un fraile? Os absteneis de bautizarle; tratis de desenvolver todas las facultades de que Dios le ha dotado, creyendo que en ello consiste vuestro deber á la vez que el derecho del niño. No le imponeis vuestras creencias religiosas, si las teneis; dejais que su razon y su alma se desenvuelvan libremente. Pero hé aquí que una criada echa unas cuantas gotas de agua sobre la cabeza de vuestro hijo pronunciando una fórmula mágica... y á poco tiempo llegan los esbirros de los *eminentísimos señores*, y vuestro hijo se ve conducido á un establecimiento católico. ¡Adios libertad de pensar y de obrar! Vuestro hijo será católico, quiera ó no quiera; será fraile ó será monja; y aquel que Dios habia creado para ser un Espinosa edificará con su idiotismo á viejas beatas. Hé ahí cómo la Iglesia enseña la verdad á los hombres y asegura su libertad.

¡Demos gracias al papa de haber puesto en evidencia el respeto que la Iglesia tiene á la independencia del Estado y á la voluntad de los ciudadanos!

### SECCION 3.<sup>a</sup>

#### EL ULTRAMONTANISMO Y LA LIBERTAD.

##### § I.—La Iglesia y la libertad segun los católicos liberales.

###### I.

Las relaciones de la Iglesia con el Estado son un terreno poco favorable para el libre pensador que combate á la Iglesia y su dominacion, porque se expone á parecer que la calumnia, toda vez que la Iglesia, por medio de todos sus órganos, protesta y asegura su profundo respeto á la independencia del poder civil; y si hemos de crearla, no pide más que la libertad. Y ¿cómo negársela, cuando la libertad es de derecho comun? ¿Acaso no sería una opresion injustificable el colocar á la Iglesia bajo el poder absoluto del Estado, cuando se ha despojado á éste de su poder absoluto con relacion á los ciudadanos? ¡Cómo! ¡el Estado tiene por fin la libertad, y se la niega á la Iglesia! ¿No sería eso volver al Dios-Estado de la antigüedad? Hay libe-

rales que se dejan conmover por esos lamentos: amantes como son de la libertad, y apreciándola como el mayor bien de la vida, creen que la Iglesia es sincera cuando reclama para sí la libertad, suponiendo naturalmente que es la libertad tal como ellos la comprenden. En esa persuasion, miran con malos ojos á los que combaten las pretensiones de la Iglesia y los califican de retrógrados, reprochándoles como una inconsecuencia la desconfianza que manifiestan de la Iglesia y las restricciones á que la quieren someter. Nosotros hemos insistido tanto sobre el asunto para responder cabalmente á esas susceptibilidades, que tienen su origen en el amor á la libertad, y creemos haber demostrado que la libertad en boca de la Iglesia significa dominacion, siendo la libertad así entendida verdadera servidumbre del Estado. No ignoramos que la servidumbre del Estado no afecta gran cosa á ciertos demócratas, cuyas aspiraciones son las de anular el Estado, preocupados como están exclusivamente de su individualismo (a). Pues bien; coloquémonos en el terreno de la libertad individual, y nos será muy fácil probar que la Iglesia destruye la libertad de los individuos lo mismo que la independencia del Estado. Esa misma pretension de la Iglesia á la omnipotencia bajo el nombre de libertad, esa misma pretension de un derecho divino que domine todo derecho humano hasta el punto de hacerlo imposible, es la que destruye la libertad individual, del mismo modo que anula la soberanía civil.

Hay un hecho que debería abrir los ojos á cuantos no sean cómplices de la Iglesia, y es el de que ésta ha sido la enemiga constante y encarnizada de la libertad que la revolucion del 89 proclamó. Ya hemos aducido en otra parte las pruebas de esa secular hostilidad (1); son hechos recogidos en los anales mismos de la Iglesia; pero vamos á completar la demostracion. Los defensores de la Iglesia gustan de oponer á sus adversarios la autoridad de un célebre historiador que ha tomado gran parte en las luchas políticas y religiosas de nuestra época.

(a) Pues cabalmente esos demócratas, si tal nombre cabe dar á los individualistas *enrages*, son los que más inquina tienen á la Iglesia y al clero en general. M. Laurent anda un poco desorientado en el asunto de democracia, ó es que hace esfuerzos de ingenio por no ver y porque no se vea el parentesco que hay entre la verdadera democracia y el verdadero cristianismo.—(N. del T.)

(1) Véase la parte décimatercia de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

Monsieur Guizot, áun cuando protestante, no es hostil al cristianismo tradicional; se ha declarado por el papa contra la Italia, y á favor de la ortodoxia más estrecha contra el protestantismo avanzado; él nos dirá, sin embargo, lo que debe la libertad á la Iglesia.

En 1861 escribía: “Yo bien sé, y lo declaro con sentimiento, que la libertad religiosa, esta conquista, este tesoro de la civilizacion moderna, no se ha granjeado ni se ha fundado por creyentes cristianos.” Es una confesion arrancada por la verdad, confesion costosa para el que la hace, porque no sólo arguye contra la Iglesia católica, sino contra las iglesias protestantes. ¿Á quién debemos ese tesoro inestimable, esa conquista preciosa? “Al espíritu humano, responde M. Guizot; la sociedad laica es la que ha dado la libertad, y áun debería decir que se la ha impuesto, á la sociedad religiosa.” (1). El cristianismo tradicional, reformado y católico, no quería la libertad religiosa; ha sido necesario imponérsela; ¿y por quién? Por el espíritu humano. Y no por el espíritu humano iluminado por la revelacion, puesto que todos los órganos de la revelacion y de la verdad divina han estado en contra; ha sido la razon natural la que, sin la revelacion milagrosa y áun á pesar de ella, ha hecho esa conquista de la civilizacion moderna. ¡Cosa notable! ha sido la sociedad laica, es decir, los hombres de la materia, aquellos que, sin el socorro de la Iglesia, se verían en manos de Satanás, en una palabra, ha sido el rebaño el que ha tenido que ilustrar á sus pastores, y entre ellos al mismo que se llama vicario de Dios. Ese sacerdote infalible se ha engañado respecto á la esencia de la civilizacion moderna, que es la libertad religiosa. Esto es grave. Si gozamos de esa libertad capital, es á pesar de la Iglesia, la debemos al espíritu humano, y pronunciamos la palabra que Guizot no pronuncia, se la debemos á los filósofos y á los libres pensadores.

Hay otro hecho aún más grave: “Añadiré, continúa diciendo Guizot, que la sociedad laica es la única capaz de proteger y de mantener la libertad religiosa en beneficio de todos. Si esa libertad estuviera en manos del poder religioso y abandonada á su discrecion, se vería por todas partes gravemente comprometida.” Puesto que la sociedad laica ha conquistado la libertad religiosa á pesar del

(1) GUIZOT, *l'Église et la Société chrétienne* en 1861, p. 37 y siguientes.

poder religioso, ó, mejor dicho, contra él, es lo natural que esa sociedad debe defenderla contra el poder religioso, que es la Iglesia. Los defensores de ésta pretenden que nunca ha querido la intolerancia civil, y que sólo ha condenado la indiferencia religiosa ó la tolerancia dogmática. Pero M. Guizot no sostiene la indiferencia religiosa, y, sin embargo, acusa á todas las Iglesias cristianas de ser hostiles á la libertad religiosa, la cual no es otra cosa que la tolerancia civil. Y es seguro que si las Iglesias cristianas dominasen, no respetarian la libertad religiosa, y esto se verificaría en todas partes, como lo teme M. Guizot. No sin motivo desconfian los liberales de la Iglesia y la atribuyen segundas intenciones; no sin motivo dicen que si mañana llegase á dominar, volvería á restablecer el santo tribunal de la Inquisicion.

Pero la Iglesia ¿es solamente hostil á la libertad religiosa? Sin duda que no, porque ésta es sólo una de las manifestaciones de la libertad, uno de los derechos que la Asamblea constituyente proclamó en 1789, derechos que declaró inenajenables é imprescriptibles, porque el hombre los recibía de Dios. ¿Y qué es lo que opina la Iglesia de esos principios? Guizot dice que es un lugar comun histórico, pero muy fundado, el de que, despues del siglo XVI, el catolicismo ha sido en general hostil á la libertad (1). Pero ¿es sólo desde el siglo XVI? Guizot pretende que el poder espiritual ha protegido frecuente y eficazmente las libertades públicas contra el despotismo temporal. ¡Ilusion de un cristiano! ¿De dónde data el primer albor de la libertad? Del movimiento municipal, siendo así que la Iglesia fué enemiga constante de los municipios, y lo fué desde el papa hasta el último clérigo. ¿Dónde fué consagrada primero la libertad? En Inglaterra y la Gran Carta. Pues nosotros tenemos la bula de Inocencio III que casa y anula la Carta (a).

(1) GUIZOT, *l'Église et la Société chrétienne* en 1861, p. 66.

(a) La pasion ó el prejuicio de Laurent, no sólo le obliga á ser ilógico y sofista, sino que le hace injusto. Acepta y hasta invoca la autoridad de Guizot contra la Iglesia católica, y rechaza esa misma autoridad cuando es favorable al cristianismo. Guizot es más imparcial y más justo que Laurent, y además, ¿no han invocado la doctrina del Cristo todos cuantos innovadores, reformistas y revolucionarios ha conocido el mundo en la edad moderna? Que algunos obispos fueron opuestos á los municipios por cuestion de intereses materiales. Y ¿qué significa eso? En España favorecieron el movimiento de los comuneros curas, frailes y obispos. Ni tampoco es verdad que Inglaterra y la Gran Carta sean las iniciadoras en Europa de las libertades públicas. Antes que Inglaterra, las reclamó Castilla y las formuló Aragon.—(N. del T.)

Pero por el momento importa poco; contentémonos con la declaración de que la Iglesia ha sido desde el siglo XVI aliada del poder absoluto, y le ha sostenido para apoyarse en él. Esa es la famosa unión del altar y del trono celebrada por los escritores católicos como el ideal de la sociedad. ¿Y qué opina de ella M. Guizot? "Allí donde esa alianza se ha verificado, la conciencia y la libertad han vivido bajo el yugo, y han sufrido igualmente la libertad religiosa y la política." ¿Quién ha destruido la fatal unión de esos poderes despóticos? Los pueblos y las revoluciones. ¿Y se ha aprovechado la Iglesia de la experiencia? ¿Va a aliarse a la libertad francamente y sin el propósito de recobrar su dominación? M. Guizot no se atreve a responder de la sinceridad de la Iglesia, si bien cree que el papado podría aceptar plenamente el principio de la libertad religiosa; no la indiferencia, pero sí la incompetencia y la ilegitimidad absoluta de la fuerza en materia de fe, principio que, según Guizot, no afecta a ninguna de las bases esenciales del catolicismo. Pero esa es una nueva ilusión. ¿Cómo habían de reconocer los papas la autoridad de sólo el espíritu sobre el espíritu? ¿Qué sería entonces de la autoridad de la Iglesia? ¿Cómo había de proclamar un papa la reforma política del catolicismo? ¿Qué vendría a ser entonces la infalibilidad del pontífice, dogma el máspreciado de los ultramontanos? ¿Qué sería de la inmutabilidad que no le permite a Pío IX escuchar el grito de la conciencia universal, cuando protesta contra el rapto de un niño bautizado sin anuencia de sus padres? Habiendo cánones y bulas sin cuento que condenen la libertad religiosa, ¿cómo había un papa de derogar esas bulas y esos cánones, cuando los papas y los concilios se fundaban en la Sagrada Escritura para proscribir la libertad como un crimen? El mismo Guizot confiesa que la Iglesia no marcha por el camino de la libertad, y que estamos a punto de retroceder en vez de progresar (1). Y, en efecto, la Encíclica de Pío IX ha dado la razón a los que dicen que la Iglesia es todavía más incurable que infalible.

Cierto es que, en el seno de la Iglesia, se acentúa un movimiento en sentido contrario; hay escritores que quieren conciliar la libertad y el catolicismo, y varios hombres políticos han consagrado

sus talentos a esa tentativa generosa. Vamos a oírles; ellos nos dirán si el catolicismo puede aceptar los principios del 89. Preguntaremos después a Pío IX qué es lo que piensa acerca de la alianza de la libertad y el altar, y nos responderá la Encíclica.

## II.

En 1863, los católicos de Francia, Bélgica, Inglaterra y Alemania se reunieron en Malinas, a cuyo congreso asistió uno de los más bellos talentos de la reacción religiosa. Siendo todavía joven, Montalembert se dejó seducir por el genio entusiasta de Lamennais, é inspirado por él, combatió en favor de la libertad y de la religión y permaneció siempre fiel a las creencias de su juventud. El discurso que pronunció en 1864 es la expresión más exacta de las aspiraciones y de las creencias del pequeño grupo de escritores y hombres políticos que han tomado por lema la alianza de la libertad y de la Iglesia. Aquel discurso fué acogido con entusiasmo y aplaudido con frenesí, a lo ménos por una parte de la asamblea. Oigámosle.

M. Montalembert confiesa que la sociedad moderna, y por ella entiende la sociedad del 89, causa miedo a los católicos, y dice que todavía no han aprendido ni a conocer la libertad, ni a amarla, ni a practicarla; que muchos de ellos son fervorosos partidarios del antiguo régimen, que no admitía ni la igualdad civil, ni la libertad política, ni la libertad de conciencia. El orador católico no se atrevía, en medio de una asamblea católica, a hablar mal del antiguo régimen: basta, decía, reconocer en él un defecto que es capital: "Está muerto, y no resucitará nunca ni en ninguna parte." (1). Como se ve, Montalembert no rechaza ni condena la Edad Media, la declara solamente imposible. Y ¿qué quiere poner en su lugar? Le preocupa, como a todo católico, la libertad de la Iglesia. La libertad es para la Iglesia el primero de los bienes, la primera de las necesidades. Pero ¿cómo ha de ser libre en la sociedad moderna? No puede serlo más que en medio de la libertad general. Otra cosa era en la Edad Media, a la que el orador llama grandes siglos de la historia cristiana. Nuestros padres no

(1) Asamblea general de los católicos en Bélgica, primera sesión en Malinas, 1863, t. I, p. 170.

conocían la libertad sino bajo la forma de privilegio, y Montalembert creía que esos privilegios formaban un conjunto suficiente de garantías. ¡Ilusión singular en un hombre que ama la libertad con pasión! Creía que la Iglesia ofrece muchas veces un asilo a las libertades públicas é individuales, una protección muy conveniente a las libertades públicas é individuales. Si se le hubiese preguntado qué protección otorgó la Iglesia a la libertad de conciencia, hubiera tenido que responder que las hogueras y los calabozos de la Inquisición. Lo que el orador añade es todavía más extraño. Cuando la monarquía absoluta destruyó en todas partes las libertades públicas de la Edad Media, la potestad y las inmunidades de la Iglesia aparecieron, a los ojos de ciertos pueblos, como una compensación más ó ménos suficiente de todo lo que los reyes les habían quitado (1). ¿Cómo, la potestad de la Iglesia reemplazando a la libertad! Esa potestad, M. Guizot acaba de decirnoslo, era aliada del despotismo temporal, y se entendía con él para subyugar a los pueblos. ¡Y las inmunidades de la Iglesia equiparadas a la libertad! Las inmunidades daban a la Iglesia el derecho de asilo, una jurisdicción privilegiada, un rico patrimonio y los diezmos. ¿Qué tiene eso de común con la libertad?

Dejemos a un lado las inmunidades y la potestad eclesiástica, toda vez que Montalembert las declara muertas, y no cree en el milagro de la resurrección; el orador formula sus aspiraciones en estas palabras que han tenido tanta resonancia: la *Iglesia libre en el Estado libre*. La fórmula, por sí misma, no tiene gran valor; es preciso ver el sentido que se la da. Ninguna libertad particular, y ménos que otra alguna la de la Iglesia, puede existir sino bajo la garantía de la libertad general. De consiguiente, el Estado libre quiere decir libertad general; la libertad como en Bélgica, dice Montalembert, el cual hace un elogio magnífico de una de sus libertades, la de la prensa. El orador no quiere medidas preventivas contra los abusos del derecho, a diferencia de los católicos ultramontanos, que no admiten más que la libertad del bien. Aplaudimos esa franca reivindicación de la libertad; pero ¿cómo la concilia Montalembert con la

(1) MONTALEMBERT, Discurso pronunciado en el congreso de Malinas (t. I, p. 173).

censura eclesiástica, que es una de las inmunidades que antiguamente suplían a la libertad? Montalembert guarda un profundo silencio sobre estas cuestiones; imitémosle y continuemos oyéndole.

Hay otra libertad entre las conquistas de la sociedad moderna que M. Guizot coloca en primera línea, y Montalembert la afirma con una elocuente energía: "De todas las libertades, cuya defensa he hecho hasta aquí, la de conciencia es, a mis ojos, la más preciosa, la más sagrada, la más legítima, la más necesaria. He amado y servido todas las libertades; pero me vanaglorio, sobre todo, de haber sido el campeón de esa libertad... Sí, es preciso amar y servir todas las libertades; pero, entre todas, es la libertad religiosa la que merece el más tierno respeto, la que exige la devoción más absoluta, porque es la que se cierne sobre las regiones más altas y más puras, así como las más extensas y espléndidas; es la única que ilumina dos vidas y dos mundos, la vida del alma y la vida del cuerpo, el cielo y la tierra..." Montalembert pregunta si hay que limitarse a reclamar la libertad para la verdad y negarla para el error, que es lo mismo que reclamar la libertad para sí y negársela a los que no piensan como nosotros, y responde rotundamente: No. Sabe que escritores católicos han tratado de rehabilitar hombres y cosas que, cuando él era joven, nadie, entre los católicos, se atrevía a defender; no hay que nombrar esas cosas y personas; son la Inquisición y sus verdugos, con corona ó sin ella: "Lo declaro, dice Montalembert; siento un horror invencible a todos los suplicios y a todas las violencias hechas a la humanidad, bajo pretexto de servir ó de defender la religión. Las hogueras encendidas por una mano católica me causan tanto horror como los cadalsos en que los protestantes inmolaron tantos mártires." (1). El orador católico adula aquí a su Iglesia, que fué la primera que encendió las hogueras, y que inventó el santo tribunal de la Inquisición, residiendo aún en Roma, en pleno siglo XIX, los eminentísimos señores del Santo Oficio; son también príncipes católicos los que han servido a la Iglesia de verdugos, cosa que la reacción católica querría rehabilitar.

Pero para transformar en santos los diablos, es preciso alterar la historia; y Montalembert, a fuer-

(1) MONTALEMBERT, Discurso en Malinas (t. I, p. 305, 315).

za de querer conllevar ó excusar á la Iglesia, llega también á falsear los hechos. "Si tuviese tiempo, dice, de explicaros una lección de historia, yo, que no soy del todo extraño á la de la Edad Media, á esos siglos de fe exclusiva y preponderante, haría con gusto por demostraros que, salvo raras y muy notables excepciones, la violencia en materias religiosas no ha jugado más que un papel insignificante, y que la fe católica no ha empleado casi nada la fuerza contra los infieles y los herejes. Pero, eso sería hacer *arqueología*," (1). ¡Cómo, la persecución es una rara excepción! ¡La fuerza no ha jugado más que un papel insignificante contra los herejes y los infieles! Pues ¿qué son las hogueras levantadas en toda Europa durante los siglos XI y XII? ¿Qué son las cruzadas contra los Albigenses y contra las poblaciones paganas del Norte? ¿Quién convirtió á los Sajones y á los Prusianos? El hierro y el fuego. ¿Quién extirpó la herejía? Las hogueras y las guerras santas. ¿Quién apeló á la violencia material contra los protestantes? ¿Quién trató de anegar la Reforma en sangre? La Iglesia. Y esto no es ya arqueología, es historia moderna, ó, mejor dicho, es historia contemporánea. Los papas mantienen las *santas máximas* de que la violencia es legítima contra los herejes, y consecuencia de esas *santas máximas* es la de que el hijo de un judío, bautizado á escondidas, pertenece á la Iglesia y está obligado á permanecer en ella. Montalembert había olvidado el suceso Mortara. Los católicos tienen el dón del olvido en alto grado; y aquellos mismos que declaran en una solemne asamblea que no desconocen la historia, la hacen decir lo contrario de lo que dice.

Tiene razón el elocuente orador en no amar la arqueología; pero demos que eso sea historia antigua; Montalembert rechaza esa herencia de sangre, por más que la tradición tenga á su favor papas y concilios. Por eso tiene buen cuidado de decir que sólo expresa una opinión personal, lo cual equivale á confesar que el liberalismo católico no es la doctrina de la Iglesia. Al presente, esto importa poco; lo que procuramos saber es lo que quieren los liberales católicos. Montalembert dice que el sistema de coacción en materias religiosas, aún suponiendo que haya producido grandes resultados en

(1) MONTALEMBERT, *Discurso en el congreso de Malinas* (primera sesión, t. I, p. 308).

otras épocas, en el siglo en que vivimos está condenado á incurable impotencia. Para demostrarlo invoca la experiencia. ¿Qué han venido á ser los países de la Inquisición, España, Portugal é Italia? ¿Qué ha producido el despotismo clerical? "Un entumecimiento general de las almas y de las inteligencias en los caracteres apacibles, una cólera impotente entre un pequeño número de fanáticos, y entre las muchedumbres la pasión fanática del mal. El espíritu público había sido sofocado, y no ha vuelto á despertar sino para entregarse al enemigo," (1).

El conde de Montalembert reconoce que, á pesar de esa experiencia, es difícil para los católicos admitir *la libertad del error*: "Crear en la verdad hasta el punto de consagrarla su tranquilidad y su vida, y respetar, sin embargo, la libertad del pensamiento en aquel que ignora ó abandona la verdad... hé aquí lo que ha parecido difícil hasta el día, sin embargo de no ser más que un acto sencillo y natural de la justicia ó al menos de la caridad cristiana." ¿Cómo habrían de ver los cristianos un acto de caridad en el hecho de dejar á un alma en el error, cuando éste haya de ser la causa de su muerte eterna? Y lo que es causa de condenación, ¿no ha de ser un crimen? Y entonces la justicia así como la caridad, ¿no exigen que al que está en el error se le obligue á desecharlo? El orador católico responde: "Sea ó no caridad, habrá que conformarse á ello de aquí adelante, porque de hoy más, no será posible á nadie emplear la coacción material en el orden religioso. Antes de un siglo, no tan sólo no pensará nadie en recurrir á ese medio, sino que no se comprenderá que haya podido ser nunca necesario. Sucederá lo que con el diezmo y la inmunidad eclesiástica, muy necesarios y muy legítimos en su época, pero cuya necesidad ha desaparecido con los tiempos, y una vez suprimidos nadie piensa ya en ellos. Hace cien años nadie concebía una Iglesia sin diezmos y sin inmunidades; al presente ¿quién piensa ya en ellos en Francia, en Bélgica, en Inglaterra y en América?" (2).

Nosotros podríamos responder que alguno piensa, el papa por ejemplo. ¿No le hemos oído con-

(1) MONTALEMBERT, *Discurso en el congreso de Malinas* (primera sesión, t. I, p. 308).

(2) MONTALEMBERT, *Discurso en el congreso de Malinas* (t. I, página 319 y siguientes).

denar y anular las leyes que abolían el diezmo y las inmunidades? Pero eso no obstante, el conde de Montalembert tiene muchísima razón; hay un maestro cuyas lecciones y preceptos nadie puede rechazar; ese maestro es la necesidad. Si, la Iglesia aguantará la libertad de conciencia como ha tenido que aguantar la supresión de los diezmos y de las inmunidades. Pero falta saber si la humanidad está dispuesta á sostener una Iglesia á quien hay que obligarla para que se someta á verdades y principios que constituyen la esencia de la civilización moderna. Al decir Montalembert que la Iglesia se verá obligada á ceder ante la fuerza de las cosas, ¿no viene á confesar que existe una oposición radical entre la sociedad y la Iglesia? Esa oposición es la que señaló M. Guizot; la Iglesia rechaza las conquistas que ha hecho la sociedad laica, y nada es más natural, puesto que la sociedad ha conquistado la libertad contra la Iglesia. ¿Hay una religión que repruebe en la humanidad sus más legítimas aspiraciones?

Por una singular contradicción, después de haber confesado Montalembert que los católicos no aman la libertad de conciencia y que la aceptan por necesidad, llama libertad católica á la libertad de conciencia, pretendiendo que tiene el mismo origen que el cristianismo y que la Iglesia (1). ¡Pura invención! ¿Acaso los mártires que resistieron el despotismo religioso de los emperadores murieron por la libertad religiosa? Esos mismos obispos que respondían á los emperadores *non possumus*, apenas fueron reconocidos por el Estado, comenzaron á excitar á los príncipes cristianos á que persiguieran á los herejes y á los gentiles. La cuna de la Iglesia es también la cuna de la intolerancia religiosa y civil; así lo ha reconocido Guizot, con el rubor en la frente. Los católicos prefieren alterar la historia; pero es en vano negar los hechos, los cuales atestiguan con Guizot esta verdad denunciadora de la Iglesia: que no es ella, sino la sociedad laica la que nos ha dado la libertad de conciencia, y que es también la sociedad laica la que se ve obligada á defender aquella libertad contra la Iglesia (a).

(1) MONTALEMBERT, *Discurso en el congreso de Malinas* (t. I, página 306).

(a) Laurent olvida sus propios principios para combatir el cristianismo. Sienta en varios lugares de sus *Estudios* que el que dispone de las almas dispone de los cuerpos, ó, lo que es igual, que el pensamiento dirige al mundo y que el espíritu

El pasado de la Iglesia está manchado de sangre. Se concibe bien que esa herencia sea repugnante á un alma generosa; pero los más liberales entre los católicos no se atreven á rechazar abiertamente esa horrible tradición; unas veces imputan la intolerancia al protestantismo, otras veces al Estado. M. de Montalembert tiene razón al decir que no debemos la libertad de conciencia á los reformadores; pero si Calvino y el mismo Melancthon fueron intolerantes, ¿en qué escuela habían aprendido que el error religioso es un crimen? Quién es el verdadero culpable, ¿el maestro católico ó el discípulo protestante? M. de Montalembert es todavía más injusto cuando culpa al Estado. ¿Es el Estado quien inventó el crimen imaginario de herejía? ¿Quién ha enseñado á los príncipes que su primer deber era extirpar el error y defender la verdad con el hierro y el fuego si era necesario? La Iglesia. Y hé aquí, sin embargo, al orador católico diciéndonos: "No es contra la Iglesia, sino contra el Estado y contra él solo contra el que reclamo esa libertad de conciencia, que es á la vez el derecho, el mérito y el peligro supremo del hombre," (1). Esto ya no es pura fantasía ni es ilusión, es injusticia é ingratitude. ¿Ha sido un papa ó algún concilio el que ha proclamado la libertad de conciencia, ha sido el Estado el que se ha opuesto á ella? Los hombres del 89 ¿eran gentes de iglesia?

En vez de censurar, deberíamos quizá compadecer al ilustre orador. Montalembert ama la libertad y ama la religión; pero ve que en el seno de la Iglesia la mayor parte de los católicos continúan aferrados á las viejas máximas de intolerancia; y no atreviéndose á combatirlos de frente, en vez de quejarse de las *santas máximas*, se queja del Estado. Hay que agradecerle sus buenos sentimientos y tener en cuenta la dificultad de su posición. En el congreso de Malinas pronunció nobles palabras acerca de la buena fe de que podían dar ejemplo

domina la materia. Y aunque reconoce que la doctrina del Cristo emancipó las almas del yugo de la materia y de la fuerza, cuando se trata del cristianismo, el principio desaparece ó le olvida, y entonces no es él el que ha influido en la emancipación de los pueblos y en el advenimiento de las libertades públicas; entonces son los Bárbaros y el feudalismo, y la monarquía y los municipios los autores de la regeneración social. Laurent confunde lastimosa é injustamente el cristianismo con el clero, con la Iglesia, con Roma y con las ambiciones del papado. Dijera que éstas y aquéllas han desnaturalizado y contraído la doctrina del Cristo, y en ese terreno sería invencible.

—(N. del T.)

(1) MONTALEMBERT, *Discurso en el congreso de Malinas* (t. I, páginas 306, 303).